

nómeno: también un futuro —un tiempo no existente, por tanto— acaso se adueña del presente: así, en «Retornos de un día de retornos», donde se establece un curioso diálogo entre un «alguien» y un posible yo futuro:

Algún día quizá, seguramente alguien
(alguien a quien siquiera pueda ofrecer tal nombre)
se acordará de mí pensándome tan lejos
y dirá lo que yo si hubiera retornado.

Aquí estás, ya has venido con más noche en la frente.
Llegas de caminante, de romero a tu patria.
Los lugares que hiciste, las horas que creaste,
pasados todavía de tu luz y tu sombra,
salen a recibirte.

(p. 496)

En «Retornos de Niebla en un día de sol» el protagonista-narrador poemático revive el futuro de esa perra que un día, ya lejano, desapareció de la historia personal de quien ahora la invoca queriéndole dar un lugar y un tiempo en su hoy:

Este es el mar que acaso tú no tuviste tiempo
de comprender. Ahora
míralo, Niebla, y húndete
en el innumerable azul de su hermosura.

(pp. 532-534)

Niebla está muerta, cosa que sabemos porque Rafael Alberti lo dijo en varias ocasiones. Mas, sin apartarnos del texto, al final del mismo, lo adivinamos: «Pero no, que aquí estás jubilosa a mi lado,/ Niebla de sol y bosques,/ viva en mí para siempre,/ junto a la mar tranquila». En este caso el creador ha dado vida a un «exfuturo» (dicho en lenguaje unamuniano).

Si las fronteras espacio-temporales se funden y confunden, algo parecido sucede con el mundo de los seres inanimados y los animados; o con microcosmos y macrocosmos. En el ya citado «Retornos de un día de retornos» como si las cosas tuvieran alma y voz, todo saluda al caminante regresado a casa: «¿Qué tienes? Te pregunta primero la azotea/ desde la que miraste tantas veces morirse/ con la noche las piedras del Escorial,» [...] «Los platos te contemplan desde los anaqueles/ y en el vasar los finos cristales de colores». Y, por supuesto, como seres humanizados viven en muchos de estos poemas el mar o las brisas o la arena y, desde luego, los colores.

Por otra parte, el microcosmos —cuerpo humano de hombre o mujer— puede aquí fundirse en, o confundir-

se con el macrocosmos. Algo de ello atisbamos en una evocación de Juan Ramón Jiménez («Retornos de un día de cumpleaños»): «Estaba él derramado/ como cera encendida en el crepúsculo,»... (pp. 493-494). Pero es en la segunda parte del libro donde el fenómeno se produce con gran frecuencia. El cuerpo de la mujer amada surge del mar y es el mar, o es los bosques,... sus cabellos acaso se agigantan, van hacia el paisaje, hacia la naturaleza y son todas las cosas:

Tus cabellos tendidos vuelan de los balcones
a enredarse en la trama delgada de las redes,
a poner banderines en los palos más altos
y un concierto de amor en los marinos aires.

Luego, cuando al poniente retornan silenciosos,
blancos de sales y alas de gaviotas,
pongo en tu corazón desnudo mis oídos
y escucho el mar y aspiro el mar que fluye
de ti y me embarco hacia la abierta noche.

(pp. 506—507)

Otras veces el macrocosmos adquiere las formas de la mujer amada:

...retorna a mí esta tarde,
en estas solitarias dunas donde las olas
rompen con los perfiles de tus hondos costados,
donde el batido mar tiende piernas azules,
mece labios que cantan
y brazos ya nocturnos que me ciñen y llevan.

(p. 510)

No es infrecuente que en este mundo, real, imaginado y lleno de imaginaciones, el protagonista —que es su centro, naturalmente— se vea fuera de sí; se vea *otro*. Ello sucede, claro está, siempre que el yo de ayer se apodera del yo de hoy. Pero el fenómeno puede darse en formas más llamativas. Por ejemplo, en el citadísimo «Retornos de un día de retornos». En este caso un *uno* —llamémosle *real*— habla de un *otro* al que contempla fuera, desligado de sí, y con el cual está a punto de iniciar un diálogo aunque tal diálogo no llegue a producirse: «Algo quisieras tú decirte al verte,....».

Y ¿cómo no reparar en el hecho de que en este mundo los sueños oníricos, cuando se producen, tienen un sentido, como lo tienen para el hombre mágico? El poeta asesinado que llegó una noche «más viejo y triste» que en aquellos años de juventud, no llegó por capricho desde el mundo de los muertos: su retorno trae, sin duda,

un mensaje: el protagonista-narrador cree adivinar gestos de amistad en «el abrazo mudo que me has dado, en el tierno/ ademán de ofrecerme una silla, en la simple/ manera de sentarte junto a mí, de mirarme,/ sonreír»...¹⁰

Y digamos además que en este citado poema, como en la evocación de Niebla y en algunos otros, el creador ha anulado también las fronteras que separan el mundo de los vivos del mundo de los muertos, como está a la vista de cualquier lector.

No son, desde luego, los citados fenómenos los únicos que captamos en este libro. Una mirada puramente crítica quizá nos obligaría a analizar mucho más, a clasificar... Pero ahora he querido tan sólo dar cuenta de una lectura. Lectura que me hizo sentir que el mundo real de *Retornos de lo vivo lejano* se convierte, gracias a la intuición y a la sabiduría de su creador, en un mundo mágico, o, tal vez, que el hombre mágico que cada ser racional lleva dentro se apoderó del creador de *Retornos de lo vivo lejano*, como quizá se apodera de los lectores que transitamos por sus páginas.

Aurora de Albornoz



¹⁰ Retornos de un poeta asesinado, pp. 535-536.

Coplas de Juan Panadero

Conocí personalmente a Rafael Alberti allá por el año 1977 en un recital multitudinario que tuvo lugar en la localidad sevillana de Puebla de Cazalla. Nos hallábamos en plena *transición política* y un nutrido grupo de artistas —cantantes, poetas, pintores, etc.— recorría la geografía española testimoniando ante las gentes su compromiso con las fuerzas de progreso que pugnaban por acabar con los últimos restos del franquismo. Más tarde cada uno ocupó su particular posición política y hubo muchas sorpresas. Pero ése es otro capítulo de la misma historia. En aquel grupo destacaba la presencia de un poeta de melena blanca que desde el estrado recitó unas *coplas* alusivas al apaleamiento por parte de la Guardia Civil de un jornalero que había cometido el execrable crimen de cazar una liebre entrando furtivo en el latifundio de un señorito del lugar. Tras el recital lo saludé, cruzamos unas palabras y recuerdo que me puse nerviosísimo pues al fin estaba al lado de quien durante tanto tiempo alentó desde su exilio militante a aquel adolescente clandestino que en la España de la dictadura pergeñaba sus primeros versos. Ya no lo volví a ver hasta el año 1983 cuando su segunda entrada triunfal en mi ciudad de Granada. Desde entonces hemos mantenido una clara amistad que para mí resulta impagable.

Pero el compromiso poético y político de Rafael Alberti es muy anterior a este episodio. En su *Arboleda perdida*, tras la publicación en 1929 de ese libro imprescindible que es *Sobre los ángeles*, nos cuenta: «Poco o nada sabía yo de política, entregado a mis versos sola-

mente en aquella España hasta entonces de apariencia tranquila. Mas de repente mis oídos se abrieron en mis propias paredes, encontraban por fin una puerta de escape, precipitándose, encendidos, en las calles enfebrecidas de estudiantes, en las barricadas de los paseos, frente a los caballos de la guardia civil y los disparos de los máusers. Nadie me había llamado. Mi ciego impulso me guiaba.»

Escribe entonces la *Elegía cívica* (1930) y comienza la serie de poemas que compendiará bajo el título *El poeta en la calle* donde se incluyen libros tan inequívocos como *13 bandas y 48 estrellas*, *Capital de la gloria*, *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia* o *Signos del día*, todos de nítida intencionalidad militante.

A partir de 1949, ya en el exilio, comienza a publicar otra serie de poesías en forma de *coplas* que titulará *Coplas de Juan Panadero*. También el propio Rafael Alberti nos lo cuenta: «En la primera edición de este libro aparecí como colector y amigo del poeta popular Juan Panadero, refugiado y vagabundo por los países latinoamericanos, después de la guerra española. Muchos se lo creyeron, pero otros, no, puesto que yo, además, no conservaba con demasiado rigor el secreto. Y aquí está ahora, de nuevo, tal como era: con cierto parentesco con otro Juan —el de Mairena— sobre todo en el uso de la «rima pobre», según nos dijo su paisano andaluz Antonio Machado. Más sencilla que fácil, la voz de este Juan de la calle me hace falta y habrá siempre que volver a él mientras el pueblo se llame Juan y reclame de sus coplas ese sentido justiciero, democrático, acusador, que nunca deja de cantar en ellas.»

Hablemos ahora brevemente de la estructura estrófica de estas *Coplas de Juan Panadero*. Se trata en su mayoría de tercillos (*soleares*) de versos octosílabos rimados en asonancia o consonancia; a veces también cuartetas, redondillas, alguna quintilla y en ocasiones romances cortos, con la misma métrica octosilábica. Están todas estas coplas en la línea de la mejor tradición de la poesía popular al fondo de un maestro de la poesía ponderado y brillante a la vez. Como nos dice Concha Zardoya en su introducción al libro *Poética de Juan Panadero*: «Ha habido poetas que sólo han sentido lo popular como una *moda* a seguir. Rafael Alberti, por su parte, se ha entregado siempre en alma y cuerpo a la causa y des-

tino de su pueblo —de los pueblos— y ha participado en todas las etapas de su devenir histórico.»

Por eso, en la serie «Coplas de Juan Panadero a Pablo Neruda», recordando las voces de otros poetas amigos como Miguel Hernández o Federico García Lorca, el poeta se identifica así:

¿Y Rafael? Ya en su voz
sonaba el repiqueteo
de un martillo y una hoz.

(¿Y mi voz? Aquí yo quiero
decir que mi voz ya era
la voz de Juan Panadero.)

Es decir: no una actitud surgida por *generación espontánea* sino el producto de una concienciación diaria, lo que hace que las *Coplas de Juan Panadero* sean inseparables de sus otros libros porque éstos también hay que situarlos en un paisaje histórico que es analizado desde una misma ideología.

En cuanto a la temática de las *Coplas* encontraremos su propio autorretrato, la propia poética de Juan Panadero, algunas series sobre la guerra civil española, pasando por las dedicatorias a Pablo Neruda, Dolores Ibárruri, etc., hasta las que aluden al asesinato de un estudiante almeriense mientras realizaba una pintada reivindicativa en un muro. Hay una serie que me atrae especialmente sobre todo por su carácter satírico y que voy a leerles como ejemplo de lo dicho hasta ahora: «Juan Panadero orienta a los turistas»:

1
¡Los turistas en España!
¡Qué bien ciega todavía
el sol de Maricastaña!

2
¡Qué sol, señores, qué sol!
¿Qué va a encontrarse en el cielo
mejor que el sol español?

3
¿Y las flores? ¡Oh, las flores!
¡Qué primorosas las rosas,
los claveles, qué primores!

4
¿Y la mujer española?
¡Qué belleza la de Carmen,
qué hermosura la de Lola!